

(24)

un dia á su familia, y sean sus últimas instrucciones la profecía de vuestro reinado. Amen.

SERMON

PARA

EL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

Acerca de las tentaciones de los grandes

Jesus ductus est in desertum à spiritu, ut tentaretur à diabolo.

Jesus fué conducido por el espíritu al desierto, para ser tentado en él por el diablo. (Matth. IV, 1.)

SEÑOR,

Los portentos que se vieron en el nacimiento y al principio de la vida de Jesucristo, no dejaron duda al demonio de que el altísimo destinaba á aquel á cosas grandes.

Cuanto mas percibió los primeros vislumbres de su grandeza futura, tanto mas se apresuró en armarle lazos. El ser

descendiente de los reyes de Judá, el derecho que tenía á la corona de sus mayores, las profecías que anunciaban que Dios suscitaría, en los últimos tiempos y en la raza de David, al príncipe de la paz y al libertador de su pueblo, con todo lo demas que anunciaba la grandeza de Jesucristo, puso en armas la malicia del tentador contra su inocencia.

Señor, los grandes son los primeros objetos del favor del demonio; porque estando mas expuestos que los demas hombres á sus seducciones y á sus lazos, se los prepara muy temprano; y como con la caída de aquellos cuenta lograr con la de casi todos los que dependen de ellos, reúne todas sus fuerzas para perderlos.

Convertid estas piedras en pan, (Matth. VI, 3), dijo á Jesucristo; porque su primera tentacion es con el placer, y es el primer lazo que arma á la inocencia de los grandes.

Pues que sois hijo de Dios, añadió, *él enviará sus angeles para guardaros*, (Ib. V, 6), aquí prosigue por medio

de la adulacion que es una tentacion todavía mas peligrosa con que envenena sus almas.

Por último le dice: *Os daré los reinos del mundo y toda la gloria de ellos* (v. 8, 9); y aquí concluye por la ambicion, que es el último y mas seguro recurso de que se sirve para triunfar de sus debilidades.

Asi es como el placer empieza á corromperles el corazon, la adulacion los afianza en el falso camino y les cierra todos los de la verdad, y la ambicion consume su ceguedad acabando de profundizarles el precipio. Expongamos estas importantes verdades implorando primero el auxilio de la santísima Virgen, saludándola con el ángel. Ave, Maria.

PRIMERA PARTE.

SEÑOR, el placer es el primer escollo de nuestra inocencia; porque las demas pasiones, mas tardías, no se desenvuelven ni llegan á toda su fuerza sino á la época de la razon, siendo asi que la del placer se le anticipa, y nos hallamos corrompidos casi antes de haber podido

conocer lo que somos. Esta desgraciada inclinacion, que afea todo el curso de la vida de los mortales, tiene casi siempre su origen en las primeras costumbres; y asi es el primer tiro envenenado que hiere el alma, y el que desfigura su primera inocencia, y de él nacen despues los demas vicios.

Pues este primer escollo de la vida humana, es como el privilegiado de la vida de los grandes; porque esta lastimosa pasion no tiene sobre los demas hombres sino un medio imperio, á causa de los obstáculos que se interponen, del temor de las conversaciones públicas que la detienen, y del amor de las riquezas que entra en concurrencia.

Como no encuentra obstáculos en los príncipes y en los grandes, ó si los halla se atropellan fácilmente, ellos mismos la encienden é irritan. ¿Y cuales son los que pueden encontrar los que tienen en sus manos los caudales y la fortuna pública? Las ocasiones casi se anticipan á sus deseos, y donde quiera que miren, por decirlo asi, encuentran crímenes que los esperan; porque la bajeza del

siglo y el envilecimiento de las cortes, honra, aun con elogios públicos, todo cuanto acierta á seducirlos, presta homenajes indignos al descaro mas vergonzoso, una dicha tan villana se la mira con envidia, en lugar de execrarla, y la infamia del crimen público se cubre con pública adulacion. Los príncipes, Señor, desde el punto en que se entregan al vicio, se gobiernan por su voluntad sin otro freno, y no se opone mas resistencia á sus pasiones que á sus órdenes.

Quiso David gozar de su crimen, y lo mejor de su ejército fué al instante sacrificado, pereciendo de este modo el único testigo que podia incomodar á su incontinencia. Nada embaraza ni se opone á las pasiones de los grandes; y por eso tiene para ellos un nuevo atractivo la facilidad de satisfacerlas, porque todos los caminos del crimen se les allanan, y al punto es posible todo cuanto les place.

El temor del público es otro freno para contener al comun de los hombres; porque por corrompidas que se hallen las costumbres, todavía el vicio no ha

perdido, entre ellos, todo lo vergonzoso que tiene, pues hay una especie de pudor público que los obliga á ocultarle; y el mundo mismo que parece honrarse con él, le impone aun cierto deshonor y oprobio. Es cierto que favorece las pasiones, pero obliga sin embargo á tener miramientos que las embarazan y si da lecciones públicas de vicio y de deleite, exige no obstante el secreto, y una suerte de condescendencia en aquellos que se entregan á él.

Pero este yugo es nulo para los príncipes y los grandes, porque desprecian demasiado á los hombres para temer su censura. El homenaje público que se les hace los tranquiliza acerca del menosprecio secreto que se los tiene, ni temen á un público que los teme y los respeta, y para oprobio del siglo, tienen motivo para lisonjearse que sus pasiones son tan consideradas como sus personas. La distancia que hay entre ellos y el pueblo, les parece verla en un punto tan lejano, que le miran como si no existiera, desprecian todos los tiros que vienen de tan lejos que no pueden

llegar á ellos, y á pesar de que ellos sean los objetos de la censura pública, casi siempre son los únicos que lo ignoran.

De este modo, Señor, cuanto mas grande es uno, tanto mas debe al público; porque la elevacion que ofende ya el orgullo de aquellos que nos obedecen, los hace censores mas severos y mas ilustrados de nuestros vicios; pues parece que quieren ganar con la censura lo que pierden por la sumision, y desquitarse de la servidumbre, con la libertad de sus discursos. Los grandes, Señor, creen que todo les es permitido, y nada se les perdona, viven como si nadie tuviese los ojos fijos en ellos, y sin embargo, ellos solos son, en cierto modo, el espectáculo perpetuo de todos los hombres.

Por último, la ambicion y el deseo de hacer fortuna en los demas se une con el amor del placer; y los cuidados que aquella exige, son otros tantos momentos que se arrebatan al deleite, y la ambicion suspende cuando menos las pasiones que en todos tiempos le han sido

un obstáculo ; porque no pueden combinarse los pasos medidos y juiciosos de la ambicion , con el pasatiempo , la ociosidad y todo el desórden y las extravagancias del vicio. En una palabra , el libertinage ha sido siempre un escollo inevitable para elevarse , y hasta ahora los placeres han burlado muchas esperanzas de elevacion , y raras veces la han adelantado.

Pero los príncipes y los grandes que nada tienen que desear por haber llegado al pináculo de la fortuna , tampoco encuentran nada que embaraze sus placeres ; porque todo lo han adquirido por el nacimiento , y no les queda mas que hacer , por decirlo asi , sino gozar de sí mismos , pues sus antepasados trabajaron para ellos ; que no tienen otro cuidado que el deleite , descansando en cuanto á su elevacion sobre sus títulos , y dando todo lo demas á sus pasiones.

Por eso , los hijos de los hombres ilustres son regularmente sucesores de la dignidad y de los honores de sus padres , pero no de su gloria ni de sus virtudes. La elevacion que poseen por su

nacimiento , les impide hacerse dignos de ella ; y siendo herederos de un nombre ilustre , les parece inútil adquirirse uno ellos mismos. Gustan los frutos de una gloria que no les ha costado amargura alguna , y la sangre y trabajos de sus antepasados les sirven de título para su molicie y su ociosidad. El nacimiento se lo ha dado todo hecho y nada ha dejado que hacer al mérito ; y asi , muchas veces , la época gloriosa de la elevacion de una familia es un momento despues , por un indigno heredero la señal de su decadencia y de su oprobio. Los ejemplos de esto existen en todas las naciones y en todos los siglos.

Salomon habia extendido la gloria de su nombre hasta los extremos del mundo ; porque el brillo y la magnificencia de su reino habia superado al de todos los reyes del oriente ; pero un hijo insensato fué el juguete de sus propios súbditos , y tuvo que sufrir la separacion de diez tribus y que eligiesen un nuevo rey. Los hijos de la gloria y de la magnificencia raras veces lo son de la sabiduría y de la virtud ; y aun es menos

raro adquirir por sí mismo la consideracion y los honores, que sostener uno y otro cuando se sucede en ellos.

SEGUNDA PARTE.

Es pues el placer el primer escollo de los grandes y por él empieza el tentador á seducirlos, continuando por la adulacion; porque el placer corrompe el corazon por el vicio; pero la adulacion acaba de cerrarle á la virtud. Los atractivos que rodean el trono atizan por todas partes el deseo de los deleites, pero la adulacion le justifica, porque el desorden deja siempre en el fondo de la conciencia el gusano roedor, mas el adulador llama debilidad al remordimiento, estimula la timidez al crimen, y por consiguiente el único recurso que podia volverle á atraer al pudor del orden y de la razon.

Señor, los hombres que parecen nacidos para contemporizar y aplaudir las pasiones de los grandes, ó para armar lazos á su inocencia, son su mayor azote, y es gran desgracia para los pueblos, el que los principes y los poderosos se entreguen

á estos enemigos de su gloria, porque lo son de la sabiduría y de la verdad. Las calamidades originadas por la guerra y el hambre son males pasajeros, porque tiempos mas felices se suceden, que traen la paz y la abundancia; y aunque los pueblos son afligidos por aquellos, la sabiduría del gobierno les hace esperar recursos. Pero la adulacion no permite esperar alguno, siendo una calamidad para el estado que siempre arrastra tras sí otras nuevas; porque la opresion de los pueblos ocultada al soberano, solo les anuncia cargas mas pesadas, pues los gemidos mas penetrantes de la miseria pública se tienen bien pronto por verdaderas quejas; asi como la adulacion pinta las reconvenções mas justas y mas respetuosas como temeridad digna de castigo, y no da otro nombre á la imposibilidad de obedecer que el de mala voluntad y aun de rebelion. ¡Confunda el señor, decia, en otro tiempo, un santo rey, á aquellas lenguas engañadoras y aquellos labios llenos de falsedad que pretenden perdernos porque solo se ocupan en estudiar como agradarnos! (Ps. XI. 4.)

Señor, desconfiad siempre de aquellos que para autorizar los gastos inmensos de los reyes les abultan continuamente la riqueza de sus pueblos. Vos sucedéis en una monarquía floreciente, pero cansada por las pérdidas pasadas. El zelo de vuestros súbditos es inagotable, pero no reguleis por él vuestros derechos; porque sus fuerzas no corresponderán en mucho tiempo á su zelo: las necesidades del estado las han apurado. Dejadlos respirar de su fatiga, y aumentaréis vuestros recursos, ganando su corazon. Oid los consejos de los sabios y de los viejos á que ha sido confiada vuestra infancia y que presidieron en los consejos de vuestro augusto bisabuelo. Acordaos de aquel jóven rey de Judá, cuyo ejemplo os he citado, quien por haber preferido los dictámenes de una juventud inconsiderada á la sabiduría y madurez de los consejeros de Salomon su padre, que les habia debido la gloria y la prosperidad de su reinado, y que aconsejaban al hijo que asegurase los principios del suyo con el alivio de los pueblos, vió formarse un nuevo reino con las ruinas del de Judá; y por

haber querido exigir de sus súbditos mas de lo que le debian, perdió su amor y su fidelidad. Pocas veces son útiles los consejos que agradan; y el que adula á los soberanos, causa por lo comun la desgracia de los pueblos.

Si, Señor, los vicios de los grandes se fortifican con la adulacion y sus mismas virtudes se corrompen; porque ¿ que recurso puede quedar á las pasiones, cuando solo encuentran elogios? ¿ Y como podríamos aborrecer y corregir nuestros defectos cuando se alaban, pues aun aquellos mismos que se censuran, tienen todavía dentro de nosotros, no solo inclinaciones, sino aun razones en su favor? Nosotros hacemos en nuestro interior la apología de nuestros vicios, y la ilusion no puede desvanecerse, cuando todos los que nos rodean, nos dicen que son virtudes.

Aun las virtudes de los grandes se pierden, y tal es la experiencia de todos los siglos, como decia Suero; porque las insinuaciones lisonjeras de los malvados han pervertido siempre las inclinaciones laudables de los mejores príncipes, y las

historias mas antiguas nos suministran ejemplos de ello: *Et ex veteribus probatur historiis... quomodo malis quorundam suggestionibus, regum studia depraventur.* (Esther. XVI, 7.) Un rey infiel era quien confesaba esto públicamente á sus súbditos, cuando los consejos especiosos é inicuos de un adulator iban á manchar toda la gloria de su imperio; y la fidelidad de solo Mardoqueo detuvo el brazo que estaba pronto para hacer perecer los inocentes. Un solo súbdito fiel decide muchas veces de la felicidad de un reinado y de la gloria del soberano, asi como basta un solo adulator para mancillar toda la gloria del principe y causar la desgracia de todo un imperio.

Efectivamente, la adulacion produce el orgullo, y este es siempre el escollo fatal de todas las virtudes; porque el adulator, atribuyendo á los grandes, cualidades laudables que no tienen, les hace perder, aun aquellas de que les habia dotado la naturaleza, y convierte en causas de vicio las inclinaciones que daban esperanzas de virtud. El valor degenera en presuncion, la magestad

que inspirada por el nacimiento dice bien á un soberano, ya no es mas que una altivez vana que le envilece y le degrada; el amor de la gloria que ha heredado de los reyes sus mayores pasa á ser una vanidad insensata, que quisiera ver todo el mundo á sus pies, que desea combatir únicamente por tener el frívolo honor de vencer, y que lejos de sujetar sus enemigos, se hace otros nuevos y arma contra sí sus vecinos y sus aliados. La humanidad que es tan amable en la elevacion, y como el primer sentimiento que se infunde desde la infancia en el corazon de los reyes, limitándose despues á prodigalidades excesivas y á una familiaridad sin reserva para con un corto número de favoritos, no les deja mas que una insensibilidad dura para con las miserias públicas; y las obligaciones mismas de la religion de que son los primeros protectores, y las que habian sido la ocupacion mas seria de su tierna edad, no les parecen luego sino diversiones pueriles de la infancia. Señor, los príncipes nacen por lo comun virtuosos y con inclinaciones